

Suso Jares, Subversión y Ternura

Redacción . El 30 de enero es el Día Ecolar de la Paz. Xesús Jares, recientemente fallecido, fue fundador, en 1983, del grupo Educadores por la Paz. En este artículo, su compañera recuerda su trayectoria. Un artículo de su compañera, Paz Raña. recuerda su figura.

30.01.2009 | 11:52 PERIÓDICO SEMANAL A NOSA TERRA nº 1.344

Paz Raña Lama

A Román y a Camilo. A Sira

El territorio de su infancia está dibujado en ocres, verdes, violetas, poblado de castaños y vides. Leche fresca que hervía tres veces su madre para espantar el frío intenso del interior, resistente a la felpa y a la cocina de leña. Una onza de chocolate, un roscó y... a la escuela!

Así soñaba Suso su patria verdadera, con olor a hierba y miel, por dónde paseaba gozoso los años felices de la inocencia. Viana do Bolo.

Su adolescencia está marcada por el rock y la poesía. Se involucró desde muy joven en grupos musicales de panas y cabellos largos, cantando a Dylan y a los Creedence en locales bulliciosos, mientras de noche "...y vuelto ya al anónimo eterno de el desnudo..." se nutría con los versos de Pedro Salinas hasta ser sorprendido por la primera luz del día. Este vínculo febril con la música y la lírica nunca lo abandonó.

Más tarde fue atrapado por el murmullo de la música tradicional gallega y con Antón Seoane, Rodrigo Romaní y Poro tocó guitarras y cromornos, gaitas y ocarinas, prodigando armonía y emoción en cada acto.

Dejó y regresó a la música gallega fundando con otros músicos (Francisco Martínez) el grupo Arco da Vella, del que recordamos con especial cariño la ovacionada actuación en el Palais des Congrès en el Festival Interceltique de Lorient en el 83.

Posteriormente, cuando el jazz golpeaba en las puertas de sus sentimientos, comenzó a tocar el saxo tenor. Y siempre alimentándose de poesía: Borges, Éluard, Cunqueiro, Rompente. Espléndidas noches de música con Susi y Antonio García Teijeiro amasando versos de amistad.

A partir del 75 se produce el descubrimiento de su principal devoción: la pedagogía. Quedó seducido con las enseñanzas de Paulo Fraile y Celestin Freinet impartidas por José Paz en la Escuela de Maxisterio de Ourense, y, cuándo, en el 76 marcha a Santiago, a la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, el encuentro con el discurso brillante del profesor Herminio Barreiro y el vitalismo pedagógico de Antón Costa, con sus insignias Bourdieu, Baudelot, reforzaron definitivamente su vocación de enseñar, de enseñar y aprender. Enseñar para provocar deseos de mejora, y

aprender para ensanchar el mundo imperfecto.

Fue la preparación minuciosa de un pedagogo joven que llevaba orgulloso la divisa de la enseñanza pública, laica, democrática. Comprometido con el pálpito de su tierra.

Y, como si fuera un azar previsible, una suerte de predestinación, tropezó con la educación para la paz, en el 81, y, ya, sin remedio, quedó hechizado con la esencia del mensaje pacificador: “ser tierno y al mismo tiempo subversivo”. Funda, con Manolo Bragado, Educadores por la Paz y ahí comienza un viaje sin límites.

A través de sus publicaciones inventaríamos una desbordante actividad, escritura de libros, conferencias, encuentros, exposiciones, viajes, además de una manera vibrante de comunicar sus experiencias unido a un estilo afectuoso para relacionarse con el mundo.

La historia de educación para la paz pasa a pertenecer a su carácter, a formar parte de su esencia y de su entusiasmo. Describe palabras necesarias: diálogo, tolerancia, solidaridad, derechos humanos... un momento... se detiene en la palabra esperanza y después de analizarla meticulosamente declara que constituye el condimento imprescindible para sus sueños, el ímpetu necesario de su existencia.

Siempre se alimentó de esperanza, de esperanza y de afectos, y devolvía con creces ese afecto transformado en ventura prodigiosa.

En las penúltimas consultas médicas se producían debates jubilosos. Suso, incondicional de Séneca “...entiende la vida como un préstamo que tenemos que entregar agradecidos...” (Invitación a la serenidad) defendía sus tesis con afán, mientras que el Dr. Castellanos le rebatía con firmeza, enredándose en suaves polémicas de supervivencia.

De sus lecturas, admiraba a Susan Sontag. Leía y volvía a leer “La enfermedad y sus metáforas” asombrado por la fortaleza ante la adversidad y la lucidez intelectual con la que analizaba “el lado nocturno de la vida”. Pero, por encima de todo, estaba Michel de Montaigne. Tenía sus Ensayos en la mesita de noche como una Biblia para sumergirse diariamente en sus hojas con la tierna devoción del alumno entusiasta.

Suso deja un legado inmenso, exquisito, pulcro. Y a nosotros, por último, nos queda impresa en la memoria, como un regalo que se expande por encima del recuerdo, como un acta de agradecimiento, la complicidad generosa de Manolo Bragado y Rafa Ojea, que fueron quien de acompañar a Suso en reuniones extremas de trabajo, amparando el proyecto de presentación de su último libro. Nos quedan los desvelos en el sosegado silencio de los días previos con Carmen Loureiro, Carmen Sacristán, Pepe Bartolomé y Emigdio. Nos quedan las lágrimas fraternas de Eliseo. El aliento de Sira. He ahí la lealtad fiel escoltando un tesoro, un tesoro del tamaño del Universo, un tesoro llamado Suso Jares.

